

EL APÓSTOL MADERO

“...Madero era un soñador y un gran bueno; soñaba como los justos, sentía como los místicos y pensaba como los redentores... Sus ojos de mirar de niño no mentían nunca; sus manos misericordiosas jamás temblaban. Nunca el infortunio abatió su frente, ni desmayó su voluntad. Era un santo laico. Como a la doncella de Orleans un día lo conquistó el soplo divino de una idea libertaria y se transformó de hombre en apóstol...”

* * *

“...Como todos los redentores, tenía una gran fe en sí mismo, en su tiempo y en su pueblo. Por eso en medio al asombro inaudito de la nación y desdeñado con burla en las esferas oficiales, fue a predicar por todas partes su evangelio... que hizo crisis en la calle de Santa Clara de Puebla de los Angeles... cuando dos heroínas, Carmen Serdán y la mujer de Aquiles, vieron caer, uno a uno, a sus trece compañeros que, bautizando a la revolución con su sangre de martirio, dignificaron e inyectaron bizarría a la Revolución de 1910.

“...Madero fue oportuno en su apostolado porque México necesitaba, después de un dictador legendario, un idealista que, desafiando la tremenda fuerza de los derechos adquiridos y de la costumbre, se presentara al pueblo resuelto y convincente, para señalarle el camino de la libertad...”

* * *

“...¿Que fue un mal gobernante? Tal vez. Los gobernantes no se improvisan como los apóstoles...”

“...Madero no nació para ser mandatario sino para ser símbolo. Por eso quedará en la historia patria en las cúspides de la inmortalidad y de la gloria...”

* * *

“...cuando el Presidente y el Vicepresidente Constitucionales de México fueron presos por Huerta, traicionados por Huerta, asesinados por Huerta, y el traidor y asesino escaló la presidencia de la República, un hálito de vergüenza y venganza palpitó en la conciencia nacional...”

* * *

“...Mientras más avanza el tiempo y se conocen mejor la vida y la obra de don Francisco I. Madero, más estimamos sus altos merecimientos y más comprendemos lo que la patria le debe. Le debe, sobre todo, su despertar político.

“Cuando vivíamos en un marasmo cívico vergonzante, él sacudió el espíritu nacional, que estaba aletargado en la molición de una paz que no existía en las conciencias libres.

“Su libro *La Sucesión Presidencial de 1910*, fue la clarinada oportuna que como una ‘diana’ en la aurora, abrió los ojos y los oídos del pueblo mexicano, que ansiaba la voz de un apóstol a quien creer, amar y seguir. Y al descubrir que aquel hombre llevaba sobre su frente el halo luminoso del patriotismo, ese pueblo creyó en él y lo amó y siguió como a su libertador. Y con razón, porque el instinto popular, que no se engaña, adivinó que dos virtudes purísimas guiaban los pasos e inspiraban las palabras de aquel predicador civil: el desinterés personal y una inmensa pasión libertaria. Porque esas fueron las más acentuadas cualidades del caudillo.

“Para comprender sus noble ideales y su elevado valor cívico, es preciso situarse en la época y el medio en que se inició su campaña política, en 1910; es decir, cuando el Presidente Porfirio Díaz había adquirido, como gobernante el poder dictatorial más absoluto; cuando por nada ni por nadie desviaba su voluntad que era omnímoda. Don Porfirio era el amo de la República; el Poder Ejecutivo, era él; el Poder Judicial era él; el Poder Legislativo

era él. Los gobernadores de los Estados eran todos hechura suya; no hacían sino lo que él mandaba, sin modificaciones, excusas ni recursos.

“El pueblo se había acostumbrado a la paz porfiriana con la inercia de una costumbre de treinta años, viviendo sin libertad, porque todos los intentos de rebeldía contra aquel estado de servilismo político, habían sido ahogados con encarcelamientos implacables o con represiones sangrientas.”

“En ese ambiente de desenfado y mudez política, que había llegado a la inacción servil, la voz audaz, ingenua y valerosa del apóstol Madero, resonó en el alma popular como el anuncio de un resurgimiento nacional, como la esperanza de una conquista libertadora.”

“El hombre tenía las características requeridas para que el pueblo lo contemplara con asombro, con estima y con respeto. Era rico, no ambicionaba ni poder ni beneficios materiales; era bueno, en sus palabras se traslucía la pureza de sus intenciones y de sus procedimientos; y era al propio tiempo el varón justo y valiente que sabía donde iba y cuáles podrían ser las consecuencias de sus actos. . . .”

“Quienes formamos parte de aquella cruzada emancipadora, con lírico entusiasmo y la más acrisolada buena fe, creyendo en las ideas de aquel patriota que predicaba la buena nueva de la libertad, nos sentimos orgullosos de reconocerlo como nuestro redentor político, admirando su entereza, escuchando con místico recogimiento sus palabras de honor y de verdad. . . .”

“Madero fue como todos los alucinados, como todos los videntes, como todos los apóstoles: admirado y escarnecido, bendecido y burlado; odiado hasta la muerte y glorificado hasta la inmortalidad. . . .”

“Madero fue oportuno en su apostolado como fue oportuno en su martirio.”

“México necesitaba después de un dictador omnipotente, un alucinado audaz, y ese inmortal alucinado y apóstol fue Madero. Nació para ser un símbolo: por eso fue a la muerte en la escala envidiable del martirio.”

“No maldigo a sus verdugos, porque con el sacrificio de Madero crearon una nueva gloria nacional.”

“Temperamentalmente bondadoso, quiso contentar a todos y contentó a muy pocos: así decía en su prisión el penúltimo día de su existencia.”

“Es verdad y quizá es mejor: si viviera seguiría siendo irremediablemente bueno; muerto, es un maravilloso símbolo democrático y una bandera invencible...”

La Habana, Cuba, abril de 1913.

(Fragmentos tomados de *Paladines de la Libertad*. Populibros de “La Prensa”, México, 1958.)